



BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEON

*Et properabunt gentes multae et dicent;
venite, ascendamus ad montem Domini et ad
domum Dei Jacob; et docebit nos de viis suis
et ibimus in semitis ejus.*

(Michææ. 4; 2.)

*Y se apresurarán muchas gentes y dirán:
Venid, subamos al monte del Señor y á la casa
del Dios de Jacob y; Él nos enseñará sus
caminos y marcharemos por sus veredas.*

(Micheas. c. 4, v. 2.)

A nuestros venerables Sacerdotes Y AMADOS DIOCESANOS

Desde que en los albores del Año Santo se dejó oír la voz autorizada del Príncipe de la Iglesia estimulando el celo de los Pastores de Israel y augurando gracias y bendiciones especialísimas para el pueblo cristiano, desde que la Junta Central del Homenaje á Cristo Redentor comenzó á trazar el camino por el que debíamos llegar al fin altísimo que perseguía, no hemos perdonado medio alguno en la proporción de nuestras fuerzas para que los fieles de nuestra muy amada Diócesis respondieran dignamente á lo que de ellos exigían de consuno los deseos

del R. Pontífice y la piedad heredada de sus mayores; afortunadamente, y por ello sea Dios bendito, la docilidad de nuestros diocesanos ha colmado de una manera superabundante nuestras más halagüeñas esperanzas y, en sana justicia, nos vemos obligados á darles este público testimonio de nuestra gratitud sincera.

En la Sta. P. Visita que acabamos de practicar en algunos arciprestazgos de nuestra Diócesis hemos tenido ocasión de admirar los copiosos frutos que por do quiera han producido las Stas. Misiones y no podemos menos de felicitarnos y felicitar á los Rdos. Párrocos, que con nosotros parten el cuidado de las almas, esperando que nuestra labor será largamente recompensada por la Mano Omnipotente de la Providencia Divina que da el crecimiento y desarrollo á todo germen de virtud y santidad, quedando para nosotros el cuidado y vigilancia de la heredad del Señor, que ha de pedirnos cuenta estrecha de nuestra administración y gobierno.

Llenos, por tanto, de entusiasmo generoso y animados por tan satisfactorios éxitos, volvemos hoy á comunicaros nuestros deseos, abrigando las más lisonjeras esperanzas de que ahora, como antes, solo encontraremos en vuestra conducta nuevas pruebas de vuestra obediencia y más poderosos motivos de consuelo.

El fervor religioso que ha prendido en el corazón de los fieles necesita, como el fuego, combustibles que le nutran y estimulen y la semilla de la gracia ha de respirar, como la planta tierna, el aire de los campos y se ha de bañar en la luz de los cielos, si no ha de morir asfisiada y endeble, sin flores que la adornen ni frutos que la eternicen; obligación por consiguiente, nuestra es buscar terreno abonado para que esta planta arraigue y fructifique y avivar este fuego para que se extienda y dilate y abrase las almas.

Para conseguir eficazmente tan levantado propósito y asegurar el fruto de las pasadas labores, nada hemos creído tan conducente como escuchar la voz autorizada de la ya dicha Junta Central del Homenaje á Cristo Redentor y seguir fielmente el camino por ella trazado, conforme á los deseos del Romano Pontífice, en la Circular que nos fué dirigida y en la

cual se recomienda con grande interés que se organicen peregrinaciones á los santuarios de mayor devoción, esperando de ellas el adelantamiento espiritual de los pueblos y mas señalados beneficios de la gracia divina.

Son, efectivamente, las peregrinaciones, amadísimos hijos nuestros, medios de singular eficacia para excitar la piedad y merecer las misericordias del cielo. Desde el principio de la Iglesia fueron practicadas con grande utilidad de las almas, en ellas se distinguieron personas eminentes en virtud y santidad y su conveniencia está acreditada por el ejemplo de muchos bienaventurados á quienes hoy veneramos en nuestros altares; conocidas son y celebradas por los especiales favores que en ellas se obtienen, las que continuamente se practican para visitar los Santos Lugares en Palestina, los sepulcros de los Apóstoles, en Roma y la renombrada de Santiago de Galicia en nuestra patria. En ellas, cuando son generales, el fervor cristiano que arde en tantos corazones uniéndose y compenetrándose forma una hoguera bastante poderosa para inflamar á los mas tibios espíritus y los mútuos ejemplos de piedad y devoción edifican y mueven de un modo irresistible; las privaciones que lleva anejas el abandonar la propia casa, la fatiga del camino, las vigiliass y oraciones practicadas en común, la voz de los sacerdotes repitiendo las divinas alabanzas, los cánticos sagrados cuyas armonías trasportan el alma, el entusiasmo que invade todos los corazones y se aspira en medio de la multitud, los recuerdos de las personas queridas, que en los días siempre dulces de nuestra infancia nos infundieron la piadosa devoción que hoy practicamos, los beneficios que esperamos recibir y ese impulso divino y sobrenatural que sentimos siempre en aquellos devotos santuarios en que estamos acostumbrados á buscar el remedio á nuestras necesidades, el consuelo en nuestras aficciones y esa alegría dulcísima que goza el alma del cristiano cuando se postra ante los altares de su imagen querida, hacen que los corazones, olvidando las miserias del mundo, suspiren por habitar en los tabernáculos del

Señor y se levanten en alas del amor hasta las sublimes grandezas de la eternidad para beber en la fuente purísima é inagotable de las delicias del cielo el agua cristalina que lava todas las culpas é infunde todas las virtudes.

Cuando, al escribiros estas líneas, consideramos la espléndida belleza del cuadro que ofrecería nuestra Diócesis reunida bajo nuestra paternal dirección para emprender una peregrinación santa, nuestros labios repiten espontáneamente aquellas palabras del Profeta que anuncia el fin de la cautividad de Israel: «*Vuelve tu vista, oh Jerusalem, al oriente y contempla la alegría que te manda el Señor; he aquí que tus hijos á quienes viste marchar dispersos vuelven ahora unidos de oriente á occidente llenos de gozo por la palabra del Santo y para gloria de Dios:*» y sentimos vehementísimos deseos de organizar una peregrinación diocesana en la cual, reunidos los hijos de nuestras montañas y los habitantes de nuestras llanuras, en lazo de caridad y religión, nos dieran el consuelo de bendecirlos, participando de su acendrada piedad y religioso entusiasmo.

Nada, seguramente, habría tan grato para nuestro corazón, como esta solemnidad religiosa en que, al frente de nuestro pueblo y siguiendo las indicaciones de la Providencia divina, buscaríamos como Moisés, á través de los arenales y desiertos de esta vida, los fértiles y abundosos valles de la gracia que se extienden á los pies de los tabernáculos del Señor, nada más dulce y consolador para nuestra alma como postrarnos ante los altares del Señor y repetir con el Caudillo del pueblo escogido «*vuelve, Señor, tus ojos desde tu gloria y desde el trono altísimo de los cielos y bendice á tu pueblo y á la tierra que le diste en habitación (1) y hazle grande y poderoso sobre todas las gentes para tu honor y gloria (2).*»

Harto doloroso, en verdad, nos ha sido vernos obligados á desistir de este pensamiento y solo en vista de razones muy eficaces y poderosas, tanto más atendibles cuanto que se fundan

(1) Dent. 26, 15.

(2) Ib. 19.

en el mayor provecho de la grey que nos está confiada, hemos renunciado á ponerlo por obra. Ocurriáanos en primer término la dificultad, verdaderamente insuperable por la falta de comunicaciones, de señalar un Santuario al que pudieran fácilmente y sin grandes fatigas concurrir los fieles de todos los extremos de una Diócesis tan extensa y, con esto, nos parecía que habían de quedar privadas de este consuelo un gran número de personas; los pueblos, por otra parte han de encontrar más poderosos motivos de edificación y provecho concurriendo á los Santuarios que han frecuentado desde la infancia y el orden y compostura, que tanto contribuyen á la mayor devoción y piedad, no podrían rigurosamente observarse en una multitud demasiado numerosa; si á esto se añade que el celo, discreción y prudencia de que nuestros párrocos y arciprestes nos han dado pruebas señaladas nos garantiza del mas seguro y brillante éxito, hemos creído preferible privarnos de la satisfacción que hubiéramos podido tener en una peregrinación general, á exponer los intereses espirituales de nuestro pueblo, que sin género alguno de duda obtendrá más generales y mayores bienes con las peregrinaciones parciales que se organizarán en las distintas comarcas de nuestra Diócesis, según las necesidades ó conveniencia de los fieles.

Tan importantes nos parecen estas devotas prácticas y de tan seguros resultados que, á estar en Nosotros, no quedaría uno solo de nuestros diocesanos que no tomara parte en ellas y contribuyera á su mayor solemnidad y haríamos que los pueblos se levantaran en masa y los caminos fueran incapaces de contener á las gentes para que de todas partes mezcladas y confundidas las oraciones de los niños y las plegarias de los ancianos penetraran los cielos y nos trajeran sus bendiciones.

Asentados en las rocas abruptas de nuestras montañas, escondidos humildemente en los recodos de nuestros valles ó levantándose graciosos en las colinas que interrumpen la extensión de nuestras llanuras, encuéntranse á cada paso ricos Santuarios ó modestas Capillas, recuerdos unos de hazañas

gloriosas que levantan el amor patrio á la vez que el sentimiento religioso, testimonios otros de favores especiales y gracias no olvidadas que fortalecen la esperanza en los corazones fieles y testigos todos ellos de las arraigadas creencias de nuestros padres cuyo espíritu religioso parece que vive en los exvotos que cubren las paredes y late en el ambiente que se respira. En ellos se guarda, como en preciado estuche, la imagen querida cuya devoción se bebió con la leche en el seno de la madre y que ordinariamente es la de la Virgen María que con diversos títulos ora históricos y patrióticos, ora poéticos y locales extiende su protección soberana sobre todos los confines de nuestra amada Diócesis. La historia de estos Santuarios es con frecuencia la historia de toda una comarca y con su fundación y crecimiento se relacionan y enlazan todos los acontecimientos notables que la tradición ha transmitido; los que hoy viven fueron llevados, cuando niños, á venerar á la devota efigie en brazos de sus padres, á quienes llevaron sus abuelos y así, cuando el Santuario es de alguna antigüedad, ha visto á su sombra formarse y desaparecer muchas generaciones que le consagraron con su piedad y le miraron con cariño santo. En su recinto sagrado oraron nuestros padres y recibieron las bendiciones que endulzaron sus penas y á él acuden hoy sus hijos buscando siempre consuelo y alivio en sus necesidades. ¿Quién se atreverá á enumerar los lazos de amor, de agradecimiento, de respeto, veneración y culto que al sencillo habitante de nuestros pueblos ligan á aquel recinto sagrado en el que siempre halló consuelo, á aquel altar venerando en que se levanta llena de majestad y dulzura la Madre de las Misericordias, cuya protección ha implorado en todos los acontecimientos difíciles de su vida y cuya mano poderosa tantas veces ha sentido aliviando sus tribulaciones? *«Convocad, pues, á los jóvenes, congregad á los ancianos, reunid á todos los habitantes de la tierra en la casa de nuestro Dios y clamad al Señor.»*

En los difíciles momentos que atravesamos, cuando las facilidades y ocasiones para el mal surgen por todas partes y los públicos escándalos arrastran, como avalancha irresistible, las almas de los fieles al abismo de la apostasía práctica y la infidelidad extiende, como negra y tormentuosa noche, sus alas

sobre las conciencias, no podemos menos de entrever en estas solemnidades y piadosas romerías que tan hondamente mueven el corazón del pueblo una esperanza risueña de bonanza; dentro de aquellos muros consagrados por la tradición encontrarán alientos para defender la fé que heredaron y armas para resistir los malos ejemplos en la memoria, para ellos sagrada, de sus padres, que en las tristezas y en las alegrías, en los días de adversidad ó en la próspera fortuna, buscaron siempre el término de sus penas ó el colmo de su gozo á los pies de aquella imagen sacratísima, á quien con filial cariño y amistosa confianza dieron parte en sus cuidados y afanes, en sus deseos y en sus esperanzas y á cuya sombra bendita se deslizaron pacíficamente los días tranquilos, ó se engendraron robustos y avasalladores en tiempos azarosos el valor legendario y el heroísmo indomable que forman el fondo de nuestro carácter nacional y el mas noble blasón de los hijos de España.

Al pronunciar este nombre tan amado, el corazón se siente oprimido por una nube de tristeza y á la memoria vienen, como sombras de horrible pesadilla, los desastres y las vergüenzas, las sangrientas hecatombes y las vejaciones inícuas que han convertido en viuda y desolada, en pobre y desvalida á la Reina de las naciones, á la Señora del mundo que, abandonada y sola, no encuentra ya lágrimas en sus ojos, ni sollozos en su garganta para llorar tantas desventuras; la flor de sus guerreros cayó exaугüe y descolorida, como tierna flor de almendro que el cierzo hiela y las ricas perlas de su corona son patrimonio del codicioso enemigo; volvió las espaldas al Señor que la había hecho grande y poderosa y la justicia divina le hace sentir el peso de sus iniquidades; abandonó la fuente de aguas vivas para beber en cisternas cenagosas y al primer embate de la adversidad dejó en poder del enemigo los más ricos florones de su corona, como del árbol seco se desprenden inertes las ramas al primer impulso del vendaval tormentoso. Imposible levantarnos del abatimiento á que justamente hemos venido, si la mano del Señor no se levanta misericordiosa y su corazón paternal se apiada de nuestras miserias; «*Levántale, pues, patria mía, diré con el Profeta, alaba al Señor en la noche y en el principio del día, derrama tu corazón como agua en la*

presencia del Señor; (1) examina atentamente tus iniquidades y vuelve al Señor; levanta tu corazón y tus manos al cielo (2) y el Dios de las misericordias escuchará tus gemidos y acudirá á consolarte, porque solo espera á que te conviertas para derramar sobre tí los tesoros de sus bondades.

La causa de la religión es la causa de la Patria, y cuanto hagamos por la gloria de la primera, necesariamente ha de redundar en provecho y mayor esplendor de la segunda; que siempre fueron unidas en los ejércitos españoles la cruz y la espada, el soldado y el misionero y no hay empresa grande, hazaña renombrada ó conquista gloriosa en la española nación que no vaya unida y enlazada á la religión santa que fué la vida de nuestra vida nacional y el secreto de nuestra fuerza avasalladora. Como católicos, pues y como españoles, como sacerdotes de Cristo y como hijos de esta nobilísima tierra de León, estamos interesados en que la piedad se confirme y consolide y las ideas cristianas arraiguen y se desarrollen, despertando en los pueblos con las venerandas tradiciones religiosas de sus antepasados aquella magnanimidad que despreciaba el peligro y crecía y cobraba alientos en frente de las dificultades, diciendo con el Macabeo *«acordaros de las obras de vuestros padres y recibireis grande gloria y nombre eterno»*. (3)

Cuando los Césares romanos, cegados por la soberbia y envilecidos por toda clase de crímenes cesaron de combatir á los enemigos de su pueblo para volver sus armas poderosas contra la naciente iglesia de Jesucristo, cuando la embrutecida y cruel plebe romana con voz de verdugo sediento de sangre pedía que los cristianos fueran arrojados á las fieras, gozándose en el bárbaro espectáculo con mengua de todo humano sentimiento, cuando los cristianos eran el blanco de todas las iras y contra ellos se agotaron por espacio de tres siglos todos los tormentos, que supo inventar la malicia de los hombres inspirada por el infierno; los fieles discípulos de Jesús, que llevaban

(1) Th. 2, 19.

(2) Ib. 41.

(3) Mach. 2, 51.

en su bandera el perdón de las injurias y en su corazón el amor para el prójimo y en su fé la confianza firmísima de vencer al mundo y derrocar los ídolos de las paganas supersticiones, retiradas en la soledad de las catacumbas, al pie de los sepulcros de sus mártires, en presencia de sus venerandas cenizas, templaban sus almas para los combates y bebían á raudales la fortaleza necesaria para resistir á todas las seducciones de la carne y á todo el poder de los tiranos. De la misma manera, amadísimos hijos nuestros, quisiera yo, que en estos tiempos de impiedad y apostasía, en que nuestra fé se ve por todas partes cercada de peligros, sino tan sangrientos, acaso más seductores que los de los primeros siglos, en estos días de luto en que la patria llora desgracias quizá irreparables, en estos momentos en fin en que nuestra religión y nuestra bandera, nuestras creencias y nuestros amores se ven por do quiera combatidos y menospreciados con grave riesgo de nuestra paz temporal y de la salvación de nuestra alma, reunidos todos en esos religiosos santuarios que perpetúan á través de las generaciones la piedad de nuestros padres y las hazañas de nuestros guerreros, ante las aras benditas de esas imágenes, testigos de nuestra pasada grandeza y objeto del acendrado amor de nuestros ascendientes, viniéramos á fortalecer nuestro espíritu con las santas lecciones que nos darían los ejemplos de los que fueron á la vez héroes dignos de eterna fama y humildes servidores de Cristo, españoles que ardían en amor á su patria y que hubieran derramado gustosos la última gota de su sangre por conservar sin mancilla la fé sacrosanta que selló con su muerte el Hijo de Dios, Redentor de los hombres.

Ved aquí, venerables sacerdotes y amados fieles, las ideas que en el alma despiertan esos bellos testimonios de la fé de pasadas generaciones puestos por la piedad á la vista de los pueblos, para que, con la elocuencia irresistible que los presta su antigüedad venerable ó su historia gloriosa, sostengan á los fervorosos, estimulen á los tibios y llamen á las dulces moradas de la verdad cristiana á los extraviados y perdidos en los

caminos del pecado. Modestos y sencillos ó suntuosos y magníficos, pobres y humildes ó adornados con riqueza y esplendor, siempre serán recuerdos sagrados de nuestros días de gloria, señales del paso de un pueblo grande y creyente, piedras miliarias que van indicando el camino de aquellos hijos de la fé que desprendiéndose de las cercanas montañas de Asturias empujaron mas allá de los mares á los hijos del Corán con las puntas de sus lanzas. ¡Dichoso el pueblo que puede ostentar con orgullo tan hermosa herencia y en el cual se guardan como preciadas joyas tan hermosas tradiciones! con ellas solamente podrá esperar de Dios toda clase de beneficios por la santa memoria de sus padres; siempre podrá decir; Señor, somos los hijos de tus hijos, los herederos de aquella sangre gloriosa que por tu gloria se derramó en mil combates y, aunque degenerados y desconocidos, esperamos de tu misericordia que en gracia de tus siervos y justos nos perdones y protejas.

Podrá el hombre que fué criado en la virtud y bebió con la leche la cristiana piedad, olvidarse algún día de sus deberes y abandonarse por el camino de la perdición, podrá manchar su alma con torpes crímenes y dar la espalda á la ley santa del Señor, pero siempre podrá esperarse de aquel corazón ciego un momento de luz en que las creencias de la infancia vuelven á brillar ante sus ojos, nunca puede desconfiarse de que la semilla santa que en aquel pecho depositó una madre cariñosa no dé frutos de bendición; porque llegan los días de amargura, vienen con el tiempo los desengaños á herir el corazón y quizá las contrariedades y dolores al chocar duramente con el alma producen la chispa misteriosa que disipa por un momento las tinieblas de la conciencia y el remordimiento se levanta en el espíritu, como amigo sincero, que le pone de manifiesto las maldades de su vida para que las aborrezca y abomine, como médico piadoso, pero inflexible, que hunde sin piedad la cuchilla para extirpar la parte cancerosa, y las prácticas de la niñez con aquellos encantos inefables que proporciona la inocencia le atraen nuevamente con fuerza providencial y vuelve á invocar el nombre de su Dios que le abre sus brazos, le perdona y le salva. Así también la sociedad que se educó en la piedad, la nación que á donde quiera que vuelva los ojos en las mas

brillantes páginas de su historia encuentra siempre la veneranda religión como alma de todas sus empresas, la raza que lleva en la masa de la sangre el más puro y sublime espíritu cristiano, el pueblo que no puede dar un paso sin encontrar en su camino los monumentos religiosos que las pasadas generaciones legaron para su edificación y enseñanza, si algún día se olvida desgraciadamente de sus altares y, cegado por el aparente brillo de doctrinas tan falsas como deslumbradoras, reniega de sus tradiciones, pronto al golpe de la adversidad abrirá sus ojos á la luz de la gracia y abandonará los caminos de su prevaricación para convertirse nuevamente al Dios de sus padres; jamás hemos dudado de que España volverá á ser la nación católica por excelencia y quizá las desgracias que hoy padece son el momento oportuno en que Dios la espera para perdonarla sus extravíos y colmarla de sus bendiciones.

Si así fuera, como lo esperamos, pensad, venerables sacerdotes y amadísimos hijos nuestros, cuán hermosos y saludables frutos podemos esperar de estas santas romerías en que las voces de la multitud se levanten pidiendo misericordia y, arrastrando con su ejemplo á los indiferentes y fíos, vengan todos á postrarse ante las devotas imágenes en cuya protección y valimiento teneis puesta vuestra confianza.

Encargamos, por consiguiente, con todo encarecimiento y eficacia á los Rdos. Sacerdotes que de acuerdo con los Sres. Arciprestes á quienes, para ordenar y disponer cuanto crean del mayor servicio de Dios en este particular, damos todas nuestras facultades, con el concurso de las autoridades locales y aconsejándose de las personas de prudencia y virtud, organicen en cada arciprestazgo en el próximo mes de Septiembre una ó varias peregrinaciones á los Santuarios de mayor devoción en la comarca, procurando en todo el mayor provecho espiritual de los pueblos, exhortándolos principalmente á recibir los Santos Sacramentos disponiendo, tanto para este fin, como para el mayor orden y compostura de suficiente número de sacerdotes y obviando con prudencia las dificultades de tal manera que todo resulte con relativa comodidad y descanso para los fieles.

Por lo que á Nos toca y siendo esta Ciudad, como cabeza de la Diócesis la llamada á dar ejemplo á todos los pueblos, hemos

pensado presidir, Dios mediante, una peregrinación á la histórica y venerada Ermita de la Virgen del Camino para lo que contamos con el concurso y cooperación de nuestro Excelentísimo Cabildo Catedral, Cabildo Colegial, Párrocos, Comunidad de RR. PP. Capuchinos, Autoridades y Cofradías de León y compuesta de los arciprestazgos de la Capital, San Miguel del Camino y Sobarriba, que tendrá lugar el día seis de Octubre y en la que celebraremos de Pontifical, procurando que sea una manifestación tan grandiosa y solemne como puede esperarse de la religiosidad tradicional y piadosas costumbres de este pueblo, á la vez que digna de la grandeza y méritos de la venerada imágen, patrona de toda esta comarca y su refugio en las públicas calamidades.

Ha llegado, por tanto, la hora de dar testimonio público y solemne de nuestra fé y de confesar á nuestro Señor Jesucristo, no ya en el santuario de nuestra conciencia ó en el retiro de los templos, sino á la luz del sol y en presencia del mundo; y si en todo tiempo podíamos esperar de vuestra piedad religiosa estas manifestaciones de agradecimiento á la bondad divina, cuya mano omnipotente nos sostiene y colma de beneficios, nunca, como ahora, que habeis experimentado mas íntimamente la suavidad de sus gracias y la grandeza de sus misericordias, estarán vuestros corazones tan dispuestos á volverse al Señor para bendecir su nombre y darle gracias por tantas bondades.

Las Santas Misiones, llevando por todas partes la luz que ilumina los entendimientos y la dulzura que cautiva las voluntades, han sembrado en todas las almas la preciosa semilla que da frutos saludables de bendición eterna; *acercuémonos por tanto al Señor para que Él se una mas íntimamente á nosotros* (1) como nos dice el Apóstol Santiago y reconocidos á los cuidados paternales de su providencia. *Bendigamos al Dios del cielo y confesémosle delante de todos los vivientes porque ha obrado con nosotros sus misericordias* (2).

(1) Jac. 4, 8.

(2) Tob. 12, 6.

Venid, pues, hijos míos, os diré para terminar con las palabras del Profeta que encabeza esta carta, y quisiera que mi voz tuviera fuerza bastante para mover todos los corazones; *venid, subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob y El nos enseñará sus caminos y marcharemos por sus veredas*; venid la patria os lo pide, la Iglesia os espera, el cielo os llama, el Eterno prepara sus bondades y vuestras almas serán llenas y colmadas de frutos de bendición eterna.

Seguros de vuestra docilidad á nuestro llamamiento concedemos cuarenta días de indulgencia por cada uno de los actos religiosos que se practiquen y rogando á la Bienaventurada Virgen María que tome bajo su protección tan santa empresa, os bendice paternalmente vuestro Prelado en el nombre del Padre † del Hijo † y del Espíritu † Santo. Amén.

León, 28 de Agosto de 1900.

† FRANCISCO, OBISPO DE LEÓN.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi Señor,

Dz. Adolfo Pérez Muñoz,

Canónigo Secretario.

Las Párrocos y Ecónomos de la Diócesis leerán esta nuestra Carta Pastoral á sus respectivos feligreses en los dos primeros días festivos siguientes á su recibo.



BOLETIN DEL CLERO

OBISPADO DE LEON

MISERERE DEUS IN MISERICORDIA TUACUM ET IN MISERICORDIA TUACUM

IN OMNIBUS DIEBUS TUIS DOMINE. IN OMNIBUS DIEBUS TUIS DOMINE. IN OMNIBUS DIEBUS TUIS DOMINE.

... (faint text) ...

... (faint text) ...

... (faint text) ...

